

14. LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

“Todo radicalismo, decía Marx, es un humanismo, pues el hombre es la raíz de la razón y de la sociedad. Así, toda revolución pretende crear un mundo en donde el hombre, libre al fin de las trabas del viejo régimen, pueda expresar de verdad y cumplir su condición humana. El hombre es un ser que solo se realizará, que solo será él mismo, en la sociedad revolucionaria. Y esa sociedad funda sus esperanzas en la naturaleza misma del hombre, que no es algo dado ni estático, sino que consiste en una serie de posibilidades frustradas por el régimen que lo mutila. ¿Cómo sabemos que el hombre es una posibilidad de ser, malograda por la injusticia? La noción mítica de una “edad de oro” interviene aquí: hubo una vez en alguna parte del mundo y en algún momento de la historia, un estado social que permitía al hombre expresarse y realizarse. Esta edad prefigura y profetiza la nueva que el revolucionario se propone crear. Casi siempre la utopía supone la previa existencia, en un pasado remoto, de una “edad de oro” que justifica y hace viable la acción revolucionaria. La originalidad del Plan de Ayala consiste en que esa “edad de oro” no es una simple creación de la razón, ni una hipótesis. El movimiento agrario mexicano exige la restitución de las tierras a través de un requisito legal: “los títulos correspondientes. Y si prevé el reparto de tierras lo hace para extender los beneficios de una situación tradicional a todos los campesinos y pueblos que no poseen títulos”

NAIPES DE POLVO página 441

El enunciado de Octavio Paz da por hecho que el hombre es generoso, noble y justo, *únicamente*, sin enfrentar la severa realidad, la de carne y hueso, la que se puede observar a todo lo largo de la historia universal: el hombre es un animal de rapiña, condición que explica la política, economía y el orden social de los pueblos dominadores, sus guerras, conquistas y tragedias, así como los pueblos dominados. Una “edad de oro” –desdentada- como la comentada es utópica, y, por ende, *inhumana*. El fenómeno armado de Zapata no es el del *felah* proveniente de civilizaciones desaparecidas como Egipto, Mesopotamia, Heleno-Latina, India o China, ese tipo de hombre que se adapta miméticamente al ciclo final/imperial de otras civilizaciones, como en el caso de Onassis, Soros, Jack Ma, Datuk Razlan, Slim, por solo nombrar algunos sin sangre vikinga, el suero instintivo de la cultura nacida en el oeste de Europa.

El sustrato que subyace en Mesoamérica y que representa Zapata es algo aun resollando y con memoria colectiva, eso que fascina al extranjero sensible cuando visita México y percibe “algo” original y desconocido. Le impacta el hermetismo, el poder de su silencio, la melodía de la dicción, su acento, el juego de gestos, su ritmo, su aura telúrica, su atmósfera, su color, su textura, su *tempo* resistiéndose a asimilarse a Occidente.

Durante el breve período en que la revolución del Plan de Ayala controló la tierra, ante la desesperación de Zapata, su pueblo no quiso saber nada de leyes que no fueran su milenaria forma de usos y costumbres, actitud que confiesa que en el fondo era una *contra conquista*, la respiración silbante de un pueblo resistiéndose a su aniquilación. Esa revolución fue el último aliento brotado de la tierra mexicana en contra de Occidente, pariente putativo del movimiento zapatista de 1994 en Chiapas que es de aliento urbano, mediático y académico, moviendo un mundo vencido cuya forma original de combatir y sus costumbres se sustentan en el *consensus*, que se confirma con situaciones como las del 13 de abril de 2019, en que el municipio de Oxchuc, Chiapas, desterró partidos políticos y eligió sus autoridades bajo su propio sistema normativo, después de haber vivido un largo período de turbulencia y tensión

social, resultado de una larga lucha de pueblos originarios, lucha secular desconocida en el exterior, misma realidad de los más de mil municipios de Oaxaca que norman su vida en forma ancestral.

Pie de página numero 402

▪

“El movimiento zapatista tiende a rectificar la historia de México y el sentido mismo de la Nación, que ya no será el proyecto histórico del neoliberalismo. México no se concibe como un futuro que realizar, sino como un regreso a sus orígenes. El radicalismo de la Revolución mexicana consiste en su originalidad, esto es, en volver a nuestra raíz, único fundamento de nuestras instituciones. Al hacer del calpulli el elemento básico de nuestra organización económica y social, el zapatismo no solo rescataba la parte válida de la tradición colonial, sino que afirmaba que toda construcción política de veras fecunda debería partir de la Porción más antigua, estable y duradera de nuestra nación: el pasado indígena”

NAIPES DE POLVO página 442

Miopía y provincianismo dominan de nuevo el ánimo de Octavio Paz, lo cual es muy significativo ya que su “radicalismo de la Revolución mexicana” no incluye la revolución del Plan de San Luis, únicamente la del Plan de Ayala, ambas con *ánimo racial* y *profundidad instintiva* con honduras diferentes entre sí. Confirma lo que hemos comentado anteriormente: el Plan de San Luis es un modelo –impostura- Occidental, mientras que el Plan de Ayala es Mesoamericano, ese espíritu subyacente en la inflexión y cadencia del lenguaje, el gesto, la mirada, la comida, la plástica, la textura humana en forma del caos y la improvisación: la *actualidad pura* de la vida del centro, sur y sureste de México, que fascina al viajero –*no turista*- para quien vivir la experiencia de Mesoamérica no se limita a visitar sus monumentos sino también a vivir la atmósfera y energía de la tierra en la forma de combatir y las costumbres de sus pobladores. A ese viajero lo tienen sin cuidado los hoteles cinco estrellas: le importan más las vecindades y las fiestas.

En este sentido, Paz es una suerte de diletante que asoma al final de un banquete europeo, con una copa de coñac y un habano, a mirar desde el balcón a la plaza repleta festejando el Viva México Cabrones, mundo que lo fascina, como si fuese intelectual extranjero. La imagen nos recuerda la serie inglesa Upstairs, Downstairs, mundos repetidos en la película “Roma” durante la fiesta de los de Arriba y los de Abajo.

¿Revolucionario? ¿Octavio Paz?

Pie de página número 403